

PRESENTACIÓN

El P. Leonardo Castellani (1889-1981) fue uno de los grandes escritores católicos de Hispanoamérica. Afinemos más el lápiz: ser escritor es oficio del inteligente, del que entiende. Y Castellani entendía y escribía de lo que su inteligencia penetraba y aprehendía, no por dinero o fama, sino porque el saber es difusivo cuando atiende a la verdad, es un bien común.

Por haber sido ávido lector, fue Castellani un escritor prolífico. Pero no escribía solamente acerca de lo que leía. Más bien, esas lecturas eran ángulos o perspectivas para aproximarse a la verdad de las cosas, fuera literaria, moral, política, teológica, etc. El tema, la materia de sus obras fue siempre la Verdad.

Era la de Castellani la mirada esencial. Poseía la captación espiritual de las esencias de las cosas, no por simplificación (el simplificador, un intelectual, es un necio con aire de sabio) sino por reconducción a las esencias y por éstas a la verdad última de todas las cosas. Pongo un ejemplo: el gran ajedrecista José Raúl Capablanca aconsejaba limpiar el tablero de la hojarasca que todo lo complica y reducir el análisis a lo fundamental en juego. Así procedía Castellani y pocos como él han sabido mostrar la substancia escondida tras los accidentes, lo necesario que está velado por lo contingente, lo imperecedero que late en lo anecdótico. Como el personaje de uno de sus cuentos, era el hombre que mirando de frente descubría la verdad de las almas, individuales o nacionales, literarias o históricas.

Castellani era hombre de juicio. Sabía juzgar, pues todo lo que consideraba era resuelto a la luz de los principios primeros, como aconseja el Doctor Angélico en la *Suma* (II-II, q. 53, a. 4 c).

Y a la luz de estos principios consideraba todas las cosas, ponderando así lo singular por medio de lo universal.

El texto que aquí presentamos es una muestra de lo dicho. Se trata del «Directorial» escrito por Castellani para el número 10 de la revista *Jauja* –fundada, dirigida y escrita por él–, de octubre de 1967. Eran en Argentina –y en buena parte de la Patria Grande– años confusos, años de plomo, como alguien los llamó, de movimientos revolucionarios y grupos subversivos de toda calaña; y también de gobiernos militares, torpes y liberales, más peligrosos que los civiles, aunque no por regla.

En ese contexto se acababa de sancionar una ley de represión del comunismo, lo que dio pie a Castellani para despacharse con tres movimientos musicales de su inteligencia para poner orden en la materia, que es como darle forma. Y se empieza ordenando al llamar las cosas por su nombre: la subversión no es sino expresión de la revolución..

LA REDACCIÓN